

por gonzalo torrente ballester

ARTE Y MORALIDAD

IGNORO las razones por las que el anunciado estreno de Alfonso Paso en el Teatro Club se ha aplazado o suspendido. No sé si debo alegrarme o deplorarlo. Es el caso que me he quedado sin tema para mi comentario semanal, y quiero aprovechar el hueco para decir algunas cosas que creo oportunas. Se refieren —el título anuncia— al problema de la moralidad del arte, en general, y al del teatro, en particular. Mi punto de partida, perfectamente empírico y alejado de toda teoría es, al mismo tiempo, un caso de conciencia: el público español que asiste a los teatros, ¿es respetable? Entendámonos: no niego la respetabilidad a ninguna de las personas que asisten al teatro; no se la niego una a una y por separado. Pero, todas juntas, constituyendo eso que se llama «el público», ¿merece nuestro respeto? Lo digo, ante todo, porque los mismos que se han pasado veinte años pidiendo libertad para la escena, se asustan y protestan ante las primeras —fuerza es decirlo— tímidas manifestaciones de esa libertad. Y lo digo también porque, sin que la libertad se ponga en tela de juicio, ese «público», por antonomasia «respetable», manifiesta a las claras su cerrilismo ante obras de arte de calidad indiscutible.

La segunda razón la traigo sólo como muestra de un estado de cosas, pero mi tema de hoy se atenderá, estrictamente, a lo anunciado. Arte y moralidad. Y lo primero que hay que preguntarse —una vez más, una vez más— es si el arte tiene la obligación de ser moral. Es decir, ejemplar. O sea: aleccionador y convincente. Y, si tiene esta obligación, cuál es el modo recto de cumplirla.

Personalmente niego que el arte se halle sometido al imperativo de ejemplaridad moral. Pero como el público al que acuso piensa lo contrario, y por eso protesta, admito desde ahora, y sólo como base de discusión, la tesis contraria, la de obligatoria ejemplaridad. Aceptémoslo. El arte tiene que ser moral, e incluso, moralizante. Bien. Pero, ¿cuál es el modo propio de moralizar el arte?

Tomemos la cosa desde antiguo, referida sólo al arte teatral. Recordemos el aceptable y viejo castigo riendo mores. ¿Hay quien niegue que el castigo sea un acto moral? ¿Disminuye su valor si, además, ríe? Desde que existe, el arte satírico ha castigado, riendo, una forma de realidad, un estado o situación real, una costumbre. No sólo, naturalmente, el teatro. Persio y Juvenal, lo mismo que Quevedo, han descrito satíricamente modos deplorables de realidad, las han descrito riendo. Supongo que, en su tiempo, también habrá habido protestas.

La sátira, teatral o no, queda por definición excluida de una sociedad perfecta. Pero como la sociedad perfecta no existe, la sátira está siempre justificada. El dramaturgo, el poeta,

tienen siempre algo que denunciar, algo de que reírse. Una sociedad inmoral, sin el contrapeso de la sátira, sería más inmoral todavía. La capacidad satírica de una sociedad es, todavía, una muestra de salud. Echémonos a temblar cuando una sociedad imperfecta, inmoral, no produce sus propias toxinas: temamos por su muerte.

Evidentemente, las obras teatrales que han provocado las últimas protestas son de naturaleza satírica. Se rien de realidades cuya existencia, aquí y fuera de aquí, resulta impecinable. No presentan como ejemplares y aconsejables, formas de vida pecaminosa, sino más bien, estados sociales que hacen posibles esas formas de vida. Los presentan en sus perfiles cómicos porque, de otra manera, resultarían intolerables. Recordemos a don Francisco Delicado, presbítero. Hace cuatrocientos años fue testigo, y probablemente actor, de situaciones semejantes. No se le ocurrió exaltarlas, sino reírse de ellas y denunciarlas por medio de la historia de una andaluza de nombre Lozana. Al lado de esta historia, «La buena sopa» es un cuento para ursulinas. Es casi seguro que muchos pecadores de entonces, de los que provocaban la situación, de los que la favorecían, habrán protestado. Allí á ellos.

La protesta es un mal síntoma. Quiere decir que alguien ha puesto el dedo en la llaga. La acusación cómica de lo que nos afecta, nos hace reír. Pero cuando nos levanta ampollas, es que ha dado en el blanco. Chillen ustedes lo que quieran, pero tomen nota de lo que digo. El que se pica —dice el refrán—, ajos come.

El problema no es de hoy. La respuesta tampoco. Pero el problema podría formularse de una manera más amplia y comprometida. ¿Hay derecho a decir la verdad? Y, referida al artista: ¿no hay otro camino para dedicarse al arte que el cultivo sistemático de la mentira? Presentar en el teatro una sociedad perfecta, sería inmoral, porque la sociedad no lo es. Excluir sus defectos y ofrecer sólo el espectáculo de sus virtudes sería otra manera, más hábil quizá, de mentir. La materia propia del arte satírico es la realidad imperfecta. Quede la perfecta —si alguien la encuentra en alguna parte— para el arte heroico. Pero no se olvide que las sociedades, en su conjunto, no suelen ser heroicas: lo son sólo los individuos.

El arte necesita libertad para acusar a la sociedad de sus defectos. La salud de la sociedad quedará patente —buena o mala— en la aceptación o en la repulsa. Pero, si rechaza la acusación, que no lo haga en nombre de la moralidad. Lo que soporta a un predicador en el púlpito —sus acusaciones suelen ser mucho más graves— no hay derecho a tacharlo de inmoral si la escena lo representa en actos y figuras. Ese teatro al que se acusa de inmoral es, precisamente, moralizante.



modelo M-17



modelo M-16



modelo M-15



modelo M-14/A



modelo M-13

Una mujer... son cinco!

Según el momento, el traje o la ocasión, una mujer necesita un modelo distinto de Mini-Sportex. Por eso se han creado cinco modelos de esta nueva mini-faja, suave y ligera como una pluma.

Más práctica, porque no tiene aceros, ni aberturas... ni problemas.

Cómoda por su elasticidad y facilidad de colocación.

Más diminuta (cabe en cualquier sitio).

Escoja la suya, las suyas, hoy mismo...

mini
Sportex

la mini-faja elegante y practica